

## Sonreír ante lo insólito: *Incidente en Atocha*, de José Ferrer-Bermejo

EMILIA VELASCO MARCOS  
*Universidad de Salamanca*

**Resumen:** *La crítica especializada reconoce en José Ferrer-Bermejo a un narrador merecedor de estar en la nómina de los más destacados del panorama español de las últimas décadas del siglo XX, pero paradójicamente su obra no ha sido apenas estudiada. Su colección de cuentos Incidente en Atocha es aquí analizada en lo que en ella hay de hábil manejo de diversos matices del humor, particularmente de la sátira y la parodia, para dejar constancia de un expresivo retrato social.*

**Palabras clave:** *Ferrer-Bermejo, cuento, humor, sátira, parodia.*

**Abstract:** *Critics recognise that José Ferrer-Bermejo is deserving of a place among the most prominent narrators in the Spanish scene of the last decades of the 20<sup>th</sup> century. Nevertheless, his work has barely been studied. In this paper, we analyse his skilful use of various degrees of humour, particularly satire and parody, with which he draws an expressive social portrait in his collection of tales "Incidente en Atocha".*

**Keywords:** *José Ferrer-Bermejo, tale, humour, satire, parody.*

El primer objetivo de estas páginas es intentar sacar de un negligente olvido la estimable obra de uno de los narradores españoles que mejor ha manejado la dimensión de lo extraordinario en las últimas décadas del siglo XX. Otro, no menor y eje de esta investigación, será rastrear los recursos humorísticos en los que se apoya José Ferrer-Bermejo para dar forma a esa dimensión en su obra *Incidente en Atocha*.

En varios manuales encontramos breves referencias al autor; algunas muestras: se cita su nombre y se hace mención de su novela *El globo de Trapisonda* (1985) en el listado de autores que, según Santos Sanz Villanueva en su introducción al capítulo sobre novela en el volumen 9 de *Historia y Crítica de la Literatura Española: Los nuevos nombres (1975-1990)*, «han recibido a veces muy positiva acogida por parte de la crítica periodística» (1992:278). En el primer suplemento de aquel volumen, *Los nuevos nombres: 1975-2000*, los trabajos de los tres críticos acogidos en el apartado Expansión del cuento, Valls, Martín

Nogales y Carrillo se refieren a él: Valls lo incluye entre los escritores de los que es difícil «señalar unas características generales» (2000:462); Martín Nogales alude a cuestiones de espacio para no poder estudiar a todos los cuentistas que revitalizan el género en los años ochenta, entre los cuales incluye a nuestro narrador; Nuria Carrillo le dedica tres líneas al analizar la amplia temática a la que acuden los autores de narrativa breve del periodo analizado: «sugerir una denuncia de la maldada sociedad actual» (2000:471) sería la opción de Ferrer-Bermejo, y para documentarlo cita *Incidente en Atocha*, *El increíble hombre inapetente* y *La música de Ariel Caamaño*.

Aquí nos vamos a adentrar en *Incidente en Atocha*. Estamos ante una magnífica colección de cuentos merecedora de mayor atención de la recibida y, por qué no, de nueva edición, ya que la primera, en Alfaguara, fue en el lejano 1982. En esta antología, tras la aparente vulgaridad de lo real, se esconde la maravilla, lo surreal, lo fabuloso, lo excepcional; esto es: lo insólito.

Sobre su autor poco puedo aportar porque sigo intentando resolver el misterio que envuelve su persona. Los únicos datos *fiabiles* que sobre su identidad conozco son los que aporta la contraportada de sus libros, ya que la búsqueda a través de la red se ha convertido en un novelesco cruce de identidades con otro narrador, José Pascual Vicente (de hecho la galería de imágenes que se pueden ver en Google si se buscan las de Ferrer, son las de José Pascual), con el que comparte fecha y lugar de nacimiento, 1956 en Alcalá de Henares, pero del que erróneamente se afirma que utiliza como seudónimo el de José Ferrer Bermejo. José Pascual se convirtió en mi improvisado colaborador en esta improductiva pesquisa; sorprendido y divertido ante la confusión cuando contacté con él para pedirle algunos datos sobre sus cuentos. Como se ve, ya nos encontramos con una especie de misteriosa humorada a raíz de esta confusión.

Por todo ello, es difícil asegurar que sea cierto que Ferrer-Bermejo inició tres carreras: Filosofía y Letras, Magisterio y Náutica, pero no terminó ninguna; o que entre los trabajos que ha desempeñado se encuentran el de vendedor de biblias y detergentes a domicilio, repartidor de calendarios, cartero en Madrid y hasta marino mercante, como se asegura en sus libros y en una microbiografía en la red; imposible conocer la certeza o broma literaria de todo ello. En cambio, sabemos que con este nombre firma varias colecciones de cuentos: *Incidente en Atocha* (1982), *El increíble hombre inapetente y otros relatos* (1982) y *La música de Ariel Caamaño* (1992); excepcionalmente, algunos de sus

cuentos han aparecido en antologías (Paletta, 2005; Roas, 2008) o en revistas literarias dedicadas al género, como en los volúmenes 2 y 6 de la lamentablemente desaparecida *Lucanor*<sup>1</sup>, que acogía no solo investigación sobre narrativa breve, sino un importe apartado de textos originales. En cuanto a narrativa extensa, publicó en Alfaguara *El globo de Trapisonda* (1985) y en Anaya cuatro novelas dedicadas al público juvenil: *El Ídolo de Aruba* (1991), *Mujer de ojos marrones* (1993), *El año sabático* (1996) y *Silvestre y los ladrones de sueño* (2007).

Este desconocido/huidizo creador de desmesuras perfectamente integradas en lo real lleva a sus personajes hasta la excentricidad -deshace el núcleo de sus vulgares vidas, su anónimo *élan vital*, en términos bergsonianos-, pudiendo quedarse el lector en la original y a menudo humorística fábula –a las veces paródica o sarcástica-, o avanzar hasta caminos que lo adentren en la interpretación existencialista o en la sátira sobre las grandes verdades o la puesta en evidencia del horror y el absurdo que sustentan la vida toda: sea la estructura familiar, el ámbito laboral o los manejos de las instancias de poder. Tanto la mera condición humana como las convenciones sociales más asentadas son puestas en evidencia en los diez relatos que componen *Incidente en Atocha* desde un planteamiento literario emparentado con lo real maravilloso.

Se atreve Ferrer-Bermejo hasta con la divinidad, que queda en entredicho en el cuento con el que se abre la antología, y a la que da título, cuando el Altísimo se equivoca de santo varón y pone en incómoda exhibición pública a un mendigo que no puede entender por qué el que prometía ser un día como otro cualquiera acogíendose a la misericordia del prójimo que frecuenta la Glorieta de Atocha, lo inicia levitando a dos metros sobre el suelo y convirtiéndose en foco de curiosidad de viandantes, fuerzas de seguridad, de emergencias, medios de comunicación y, por supuesto, de la Iglesia; empeñados unos en que Gregorio deje de provocar aglomeraciones que subviertan el orden ciudadano; aprovechando la tesitura otros para exhibir sus habilidades en el más estafalario de los rescates, en desigual lucha con el poder celestial, por cierto; otros se dedican a cultivar el morbo sensacionalista; y los celosos vigilantes de la doctrina a hacer pública demostración de su control sobre todo aquello que afecte a las eternas verdades de fe.

La constatación del error divino -la confusión de identidad que hace aterrizar de golpe al pobre indigente- desmonta todo el batiburrillo de una

---

<sup>1</sup> En *Lucanor* aparecieron “Los días del gato” y “Sombras en el agua: mujeres de cuadros antiguos”, respectivamente.

sociedad que se ha ocupado y preocupado de la singular situación, pero deja al albur de su infortunio al muerto de hambre, que volverá a sus días de mendicidad; no sin antes recibir una suerte de indemnización: unos cuantos billetes hallados fortuitamente que Gregorio interpreta como que Dios lo resarce por las molestias de las horas de incómoda ingravidez, exposición a la curiosidad pública, y por los engorrosos estigmas sufridos.

No hay párrafo en el que no encontremos sátira hacia los distintos modos de interpretar la escena; un modo de plasmar irónicamente formas de pensar, prejuicios, ideologías, intereses, etc. El retrato puede ser individual:

“La señora meneó la cabeza en gestos desolados y luego se alejó murmurando en alta voz y echando pestes de los muy liberales y permisivos tiempos modernos, puesto que, según le comentó a su perro, aquella tropelía no era fruto de milagro o bilongo alguno, sino resultado de las nuevas corrientes de pensamiento que socavaban los antaño firmes pilares de la doctrina social, y hacían posible la proliferación de atentados contra las buenas costumbres, irreverentes nihilismos y desencantos perturbadores”. (Ferrer-Bermejo 1982a: 10-11)

Pero también logra reflejar actitudes colectivas como la sarcástica puesta en relación de dos manifestaciones religiosas diferentes cuando describe la explotación que los hare krishna hacen del tumulto allí reunido:

“[...] fijó su atención en aquellos melódicos y sonrientes cantantes que, por otro lado, estaban en todo su derecho a intentar capitalizar para sus creencias aquel fenómeno, puesto que es de sobra conocido que, mientras cualquier humilde monje del Tíbet cae en trance y levita cada dos por tres, en la historia cristiana es preciso remontarse a Fray Escoba para encontrar a alguien que haya desafiado con la ayuda de dios, a las muy inflexibles leyes de la gravitación universal”. (Ferrer-Bermejo 1982a: 12)

El uso de la parodia alcanza su máxima eficacia cuando se apunta a los reconocibles modos de hacer de las fuerzas del orden y el clero; como ejemplo valga este largo texto cargado de sarcasmo:

“Uno de los agentes se dirigió hacia la muchedumbre, se abrió paso como pudo entre la gente y, llegando justo bajo Gregorio, le dijo, muy circunspecto, que estaba alterando el orden público y que bajara inmediatamente. Ante tan autoritario y cabal mandato se produjo un silencio casi ensordecedor, en medio del cual respondió el vagabundo:

- ¿De dónde quiere usted que me baje, señor? [...]. El policía se aclaró la garganta y miró de reojo a su alrededor; luego exclamó con voz estentórea, dirigiéndose más a los espectadores circundantes que al vagabundo aéreo:

-No me importa en absoluto de dónde esté usted suspendido; solo le ordeno que baje en seguida si no quiere tener problemas con la Justicia

Gregorio no se consideraba un hombre inteligente, aunque tenía su culturita gracias a las portadas de los libros de la Cuesta de Moyano, pero tal manifestación de cerrilismo por parte del agente le pareció de una enormidad tan incontestable que se encogió de hombros y siguió moviendo brazos y piernas en un grotesco intento de trasladarse hacia el techo de la churrería ambulante [...]. (Ferrer-Bermejo 1982a: 13-14)

La profusa descripción del ceremonial religioso organizado bajo el mendigo levitante hace que el cuento avance hacia niveles surrealistas. El autor trabaja esa parte por acumulación y máxima atención al detalle; así progresa la intención satírica:

“Y fue el párroco de la basílica de Atocha quien primero se presentó con todos los paramentos sacerdotales y adminículos litúrgicos pertinentes al desmesurado caso: vestía alba deslumbrante ceñida por breve cíngulo, dalmática bordada y amplio y bien colocado gorjal, casulla lujosísima y capa pluvial de rotundo aspecto; iba rodeado por ocho monaguillos con inciensarios [sic] y campanas, bajo un palio que sostenían cuatro taciturnos acólitos guardando el paso; la procesión era precedida por varios sacerdotes repartiendo hisopaduras a diestro y siniestro, y seguida por una tropa de ancianas devotas que recitaban salmos milagrosos. Llevaba el párroco con mucha historia, en una mano, un copón dorado tan bruñido que parecía tener luz propia y, en la otra, un breviario con tapas de nácar abierto por si las moscas, por aquella parte que habla de los anticristos del fin del mundo”. (Ferrer-Bermejo 1982a: 17)

Y ese será el tono de dos páginas más. No es el único relato en el que Bermejo se atreverá con lo sobrenatural. Otra incursión en lo escatológico, aunque de un tono bien diferente al anterior, es el que encontramos en la escabrosa relación de la joven Visitación –nombre nada inocente, como se verá<sup>2</sup>- con su lascivo ángel de la guarda en el relato «El ángel custodio de Visitación Montera»<sup>3</sup>; se trataría de un caso de posesión angélica de largo recorrido, ya que empieza a manifestarse

<sup>2</sup> Tampoco lo será su apellido, Montera, que funciona como prolepsis de en qué se convertirá esta muchacha, al tiempo que el nombre de la calle madrileña conocida por su ambiente prostibulario adquiere aquí función de antonomasia.

<sup>3</sup> Incluido en la antología *Cuentos de caballeros extraordinarios* (Paletta y Sáez, 2005)

con la pubertad de la muchacha en forma de azotitos y etéreos besos de invisibles manos y labios que irán tomando forma de misteriosa relación erótica, y acabará en manos de teólogos y psiquiatras interesados en el testimonio de una Visitación ya recluida y dispuesta a contar con desatada lengua cómo el «ángel custodio más bien salidillo» (Ferrer-Bermejo 1982a: 116) que le tocó en suerte acaba convirtiéndose en un fantasmagórico, lujurioso y celoso enamorado que, dominado por insoportable ardor, llegará a materializarse para intentar poseer carnalmente a su hermosa custodiada. El desenlace de tamaño propósito acaba con Visitación exorcizada y arrepentida de no «haber sabido querer a un ángel que un día quiso ser rebelde por mí» (Ferrer-Bermejo 1982a: 123).

En este relato el peso del tono humorístico se encuentra en la voz del narrador autodiegético: la adolescente que cuenta su experiencia desde un idiolecto y sociolecto en los que se pone de manifiesto la jerga juvenil de los ochenta y que daría lugar a un amplio glosario de términos de los que la mayoría siguen activos en el mismo registro de lengua aún hoy: ‘la basca’, ‘bobochorra’, ‘colega’, ‘chinorri’, ‘chorla’, ‘rollo’, ‘tío’, ‘titi’, ‘tronco’, entre otros. La sonrisa que nos produce el personaje no es únicamente una cuestión de vocabulario, sino de la presencia de un habla sin dobleces, una frase rica en cambios de ritmo, de gran naturalidad, de expresiva espontaneidad:

“Se supone que una, acostumbrada a las lecturas piadosas, y al Corpus Christi y la Biblia y el bla, bla, bla, tendría que haberse postrado de rodillas diciendo “hágase en mí según tu palabra” o cualquier soplapollez por el estilo. Pero aquello era impresionante, tío, me temblaba todo el cuerpo. [...] Ahora recuerdo claramente que estaba buenísimo, con el pelo tan largo y la barbilla tan afilada, y aquellos alones musculosos que parecían tener luz propia. “Parece talmente un ángel”, pensé, qué bobada, ya ves que otra cosa iba a ser sino un ángel fetén de los pies a la cabeza”. (Ferrer-Bermejo 1982a: 121)

En tres de los cuentos aparece la relación entre seres humanos y animales como un modo de poner en evidencia las más lacerantes lacras de la convivencia en familia o para enfrentar al hombre con su contradictoria esencia. Me refiero a “Como un ratón”, “Carolina y el pájaro maravilloso” e “Inconvenientes estivales”. En las dos primeras encontramos dos variantes de infiernos domésticos ante los que es difícil sonreír: la historia del abuelo postergado, minusvalorado y hasta despreciado como una molestia inevitable, alcanza su verdadero sentido cuando el viejo recoge de la calle a un ratoncillo tan desorientado y

despreciado como él. El animal pasa a ocupar cerca del solitario anciano el espacio que nadie quiere llenar, el de un confidente, un igual; alguien con quien hablar sin que lo considere tonto, incapaz, inferior. Ambos salen repentina y momentáneamente de su anonimato como cuadro repugnante e inadmisibile y que por lo tanto hay de destruir. Tampoco tiene desperdicio, en lo que a las tragedias de la cotidianeidad se refiere, la relación de la joven Carolina con el aparentemente inofensivo pajarito rosa comprado a la salida del metro, que cuando ocupe su espacio en el lamentable cuadro familiar<sup>4</sup> irá creciendo desproporcionadamente, al ritmo de la drogadicción de la madre, la brutalidad y abusos del padre o las ventosidades de la abuela. El insaciable pájaro acabará alimentándose con todos ellos y convirtiéndose en la monstruosa cabalgadura con la que Carolina se perderá en el horizonte. El relato se convierte así en simbólica recreación del eterno ensueño adolescente de búsqueda de libertad, de huida del entorno familiar; incluso del freudiano “matar al padre”.

Contenido y forma más desenfadada presenta “Inconvenientes estivales”, en el que un prolongado asalto de molestos insectos irá convirtiendo la habitación del narrador en un campo de batalla apropiado para que nuestro autor dé rienda suelta a su capacidad irónica y paródica.

“Lenta, trabajosamente, poniendo en práctica todos los guerrilleros conocimientos que mi servicio militar en el Centro de Instrucción de Reclutas de Colmenar Viejo me había proporcionado, me arrastré nuevamente hasta la cabecera de la cama, tratando de encontrar una estrategia coherente con la gravedad de la situación [...]. Empezaba a hacer planes para un posible asalto al escritorio, a fin de recuperar el tabaco y el mechero, cuando las dos avispas y el tábano, sin duda adivinando que el encendido de un cigarrillo podría resultar fatal para sus minúsculos pulmones, se lanzaron supersónicamente hacia mí, obligándome a girar sobre el suelo y, haciendo un brusco escorzo que casi tronchó mi espina dorsal, ejecutar una ordenada retirada táctica hacia posiciones de retaguardia anteriormente acordadas”. (Ferrer-Bermejo 1982a: 62)

El único ser que no resulta rechazable en este amenazante desfile es una hermosa mariposa, cuya bella imagen posada sobre la máquina de escribir quiere captar el narrador, pero a la que ignorará cuando, dejándose llevar por el rechazo a la turba de mosquitos, avispas y cucarachas, emplee el

---

<sup>4</sup> El de las complejas relaciones en el ámbito familiar, específicamente entre padre e hijo, es también un asunto central en las novelas destinadas al lector joven que Ferrer-Bermejo publicó en la editorial Anaya.

insecticida antes que la cámara fotográfica. El humor toma aquí forma de hiperbólico ataque estratégicamente calculado por catorce tipos de insectos contra el narrador, cuyo miedo explicaría la torpe destrucción de la mariposa. Inevitable la tentación de interpretar cómo es imposible separar belleza y rechazo, atracción y miedo, deseo y peligro; dicho de otro modo: la belleza aislada –como la felicidad- no es posible, solo es una circunstancia efímera, que se escapa y degenera ante la fea realidad.

Hilarante invectiva social nos deja Ferrer Bermejo en “Ponga un ciego en su vida”, relato en el que en una sociedad futura la caridad se ha convertido en medro y los invidentes en mercancía escasa y cara, febrilmente perseguida para cumplir con las normas de urbanidad imperantes, que acaban adquiriendo entidad de estratificación social que, evidentemente, el autor cuestiona y deriva hacia el absurdo cuando detalla cómo algunos deciden quitarse la vista como único modo de promoción social o, cuando, ante su escasez, se impone la creación de granjas de ciegos –«GRACISA (Granja de Ciegos Sociedad Anónima)» (Ferrer-Bermejo 1982a: 42)-; todo ello narrado con la naturalidad de lo asumido como hecho necesario e inapelable. Ironía, sátira, sarcasmo, parodia y comicidad de grueso trazo se dan la mano en unas páginas difícilmente superables en su tonalidad vitriólica contra las convenciones que sustentan el orden social, especialmente la educación y la economía, que encubren la necesidad de mantener un nítido sistema de clases bien diferenciadas. En buena medida, este tono e implacable análisis social es compartido por el texto más extenso de la colección: “El increíble hombre inapetente”, una evidente proclama contra un orden mundial construido sobre el consumo. El protagonista descubre que no necesita comer ni beber para vivir; tras esta transgresión biológica, fisiológica y económica, el inapetente se planteará el resto de su vida como un constante viaje sin equipaje -solo necesita un paraguas-, sin planes previos, dejando que las cosas pasen... y pasan; ocurre que su rebeldía frente al sustento se convertiría en una revolución que afectaría al orden político y, por encima de todo, a las estructuras económicas; por lo que es fundamental que su peculiaridad permanezca oculta. Así pues, se convierte en cuestión fuerza mayor desactivar a este rebelde, una suerte de mesías predicando la salvación a través de la inapetencia; un camino por el que la forma de vida que conocemos corre peligro de ser arrasada. El clímax del relato se encuentra en una parodia de reunión en las más altas esferas del poder y la intervención del presidente de la nación diseccionando el peligro de que se conozca, se estudie y se descubra el porqué de la capacidad de Leonardo Bofarull para sobrevivir sin



alimentarse. Todo se resume en que las huelgas de hambre con las que los trabajadores presionan a los empresarios no tendrían límite, los huelguistas podrían obtener sus peticiones a través de la Huelga Salvaje [sic] porque no tendrían necesidad de comer, ni estaría presionados para alimentar a sus familias: «[...] a cualquier productor le bastaría con sentarse a la puerta de su casa y esperar: vería cómo el imperio de la Civilización se derrumbaba poco a poco [...]. Es decir, habría llegado la época de la barbarie» (Ferrer-Bermejo 1982a: 108).

Tampoco cuando el escritor ahonda en planteamientos existencialistas prescinde del humor, como demuestra en “Contingencias desagradables de la vida de los borrachines”, “Fascinación” y “Dejen salir”<sup>5</sup>. Los protagonistas de estos relatos se ven arrastrados por un *fatum* en el que es fácil apreciar la huella de la tragedia clásica: como el borrachín que cree ir hacia el servicio del último bar, en una suerte de homérico descenso a un alcohólico Hades en el que irá cubriendo etapas que inexorablemente le llevarán al suicidio, simplemente porque el anterior borrachín así lo había hecho, y allí se encontraban los elementos precisos para repetir tal acto; mientras, el camarero traza otra muesa en el mostrador. En “Fascinación”, el vendedor de detergentes a domicilio – recordemos que Ferrer-Bermejo dice haberlo sido-, sumido en ensueños de fabulosas ficciones, recorre su propio laberinto de hastío doméstico de puerta en puerta hasta que los fantásticos enemigos con los que se enfrenta ilusoriamente entre venta y venta, le dan alcance y, aunque parece que es atropellado por un vehículo en mitad de la noche, él solo puede ver «cabezas de hidras, pequeños cuerpos verdes y capas oscuras de maleantes invencibles» (Ferrer-Bermejo 1982: 77) que arrastran la sugerencia de paradigmas de géneros populares: tebeo, cómic, ciencia ficción y relatos de aventuras tanto literarios como cinematográficos de series B. Más al fondo es factible apreciar el sinsentido vital del que da cuenta el mito de Sísifo: una y otra vez esa roca que cae, una y otra vez esa puerta que se cierra. Difícil huir de la carga autobiográfica que parecen contener estas líneas: «[...] fue a parar a un gran parque silencioso donde gritó a los cuatro vientos que algún día sería marino o guitarrista o escritor de cuentos fantásticos». (Ferrer-Bermejo 1982a: 77)

Otro tipo de trampa vital, reflejo también de la monotonía cotidiana, es el laberinto sin salida en el que se convierte el metro para el personaje de “Dejen Salir”. Su única pretensión es llegar a casa tras la jornada

---

<sup>5</sup> Recogido en la antología *La realidad oculta. Cuentos fantásticos españoles* (Roas, 2008).

laboral y, cuando cree haber llegado a su destino, vuelve a estar en el punto de partida, hasta que, en una gradación angustiosamente repetitiva de esa imposible salida, los faros del último metro le atraerán hacia el borde del andén. En este laberinto no le esperaba el Minotauro, pero fuera tenía una cita importante de la que tal vez huye en ese continuo esconderse en las entrañas de la tierra.

En fin, lo que se ha querido exponer en estas líneas es la habilidad de Ferrer Bermejo para llevar al lector a los cielos acompañando a falsos santos levitantes o libidinosos ángeles custodios, o para adentrarlo en laberintos subterráneos de orden físico -en forma de cotidiana alienación- o bien en oscuras zonas de lo moral, social, laboral, familiar o propiamente existencial, recurriendo a estrategias que dan verosimilitud a lo alejado de la realidad y que explican mejor que esa trivial realidad los vericuetos de las relaciones humanas y la íntima verdad que soporta cada individuo en el mero empeño de ser o sobrevivir. Los escenarios son cotidianos hasta que entra lo insólito, lo fantástico, imaginativo y hasta onírico, pero no por ello pierde verosimilitud el relato porque lo narrado aporta al lector posibilidades de interpretación que quedan apegadas al suelo, al día a día de niños, adultos y viejos; al entramado de deseos, miedos, soledades y frustraciones de los que toda vida se va colmando. Se puede constatar que maneja magistralmente registros lingüísticos que van desde la vulgaridad de la jerga juvenil hasta la vacía retórica política y la grandilocuencia eclesial; así como variadas tonalidades literarias, haciendo confluír comedia, drama y tragedia. Es un gran creador de temas enjundiosos, con probada maestría en el dominio de complejos niveles expresivos y, sin duda, merece mejor suerte que ser uno más en la nutrida nómina de buenos narradores relegados al olvido, o mínimamente recordados en alguna antología de relatos fantásticos, o como mero cultivador de literatura juvenil.

### Referencias bibliográficas

- Carrillo, Nuria (2000): «Expansión del cuento III», en Jordi Gracia (coord.), *Historia y Crítica de la Literatura Española: Los nuevos nombres (1975-2000)*, vol. 9.1, Barcelona, Crítica, pág. 470-472.
- Ferrer-Bermejo, José (1982a): *Incidente en Atocha*, Barcelona, Alfaguara.
- Ferrer-Bermejo, José (1982b): *El increíble hombre inapetente y otros relatos*. Alcalá de Henares, Alcalá Narrativa.
- Ferrer-Bermejo, José (1985): *El globo de Trapisonda*, Barcelona, Alfaguara.

- Ferrer-Bermejo, José (1988): «Los días del gato», *Lucanor: Creaciones e investigación*, nº2, pág. 10-19.
- Ferrer-Bermejo, José (1991): *El Ídolo de Aruba*, Madrid, Anaya.
- Ferrer-Bermejo, José (1991): «Sombras en el agua: mujeres de cuadros antiguos», *Lucanor: Creaciones e investigación. El cuento en España, 1975-1990*, nº6, pág.119-124.
- Ferrer-Bermejo, José (1992): *La música de Ariel Caamaño*, prólogo de Óscar Barrero, Pamplona, Hierbaola Ediciones.
- Ferrer-Bermejo, José (1993): *Mujer de ojos marrones*. Madrid, Anaya.
- Ferrer-Bermejo, José (1996): *El año sabático*. Madrid, Anaya.
- Ferrer-Bermejo, José (2007): *Silvestre y los ladrones de sueño*, Madrid, Anaya.
- Martín Nogales, José Luis (2000): «Expansión del cuento II», en Jordi Gracia (coord.), *Historia y Crítica de la Literatura Española: Los nuevos nombres (1975-2000)*, vol. 9.1, Barcelona, Crítica, pág. 464-470.
- Paletta, Viviana y Javier Sáez de Ibarra (2005): *Cuentos de caballeros extraordinarios*, Madrid, Páginas de Espuma.
- Roas, David, (Ed.). *La realidad oculta: cuentos fantásticos españoles del siglo XX*. Palencia: Menoscuarto, Colección Reloj de arena, 2008.
- Sanz Villanueva, Santos (1992): «Los últimos novelistas», en Darío Villanueva (coord.), *Historia y Crítica de la Literatura Española: Los nuevos nombres (1975-1990)*, vol. 9, Barcelona, Crítica, pág. 273-280.
- Valls, Fernando (2000), «Expansión del cuento I», en Jordi Gracia (coord.), *Historia y Crítica de la Literatura Española: Los nuevos nombres (1975-2000)*, vol. 9.1, Barcelona, Crítica, pág. 460-464.

<http://www.mcncbiografias.com/app-bio/do/show?key=ferrer-bermejo-jose>  
[última consulta 26/01/2020]